

# Los archipiélagos donde vivimos los cubanos

**Luisa Íñiguez Rojas**

*Geógrafa. Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humanos, Universidad de la Habana.*

En poco más de una hora, un cineasta y su equipo son capaces de trasladar, a cientos de miles de personas, retratos de la sociedad cubana, y cuentos, novelas o poemas lo consiguen, con la particularidad de que son además *bellos*. Basados en historias, o en la ficción —que en estos casos no respeta su antónimo—, hay siempre realidad. Nuestros resultados de investigaciones, que pueden ser o no ciertos para determinados grupos en espacios sociales, se vuelven cada vez más relativos, y lo conocido por promedios, a pesar de su abuso, exige con urgencia de aproximaciones complementarias en unidades más homogéneas.

Por solo dar un ejemplo, *Suite Habana* es una obra sobre el cotidiano de familias de una de «las Habanas». Si las locaciones y personajes hubiesen sido «espacios luminosos»<sup>1</sup> del norte del municipio Playa, podía haberse conservado el título, mantenido los actores, la música, la fotografía, y la obra sería bien diferente, o tal vez similar si fueran seleccionados espacios más opacos de este propio norte del municipio, como El Romerillo o los Bajos de Santa Ana.<sup>2</sup>

Desarrollaré aproximaciones que pueden incrementar el tratamiento o la polémica sobre un tema súbitamente frecuente en las muchas vertientes del conocimiento y la comunicación humana: las desigualdades en Cuba. Aclaro que al referirme a esas «vertientes», integro en ellas tanto las investigaciones sociales y humanísticas de los cientos de centros científicos del país, como las creaciones literarias, la plástica, la música o la cinematografía cubanas, sin poder abandonar la parte de la experiencia humana construida en nuestro cotidiano.

Trataré de dos archipiélagos: el estrictamente geográfico, y otro metafórico que llamaré «social», que toma algo del concepto puro: archipiélago es fragmentación, unidad por debajo de una plataforma sumergida, y las islas están generalmente comunicadas. El objetivo central que anima este intento, es clamar por la necesidad de una visión dialéctica sobre la construcción de las desigualdades espaciales y territoriales en nuestro país, y avanzar en las formas de clasificarlas, evaluarlas y juzgarlas.

## El ¿dónde? en el foco de las desigualdades. Fragmentaciones y escalas

El lugar, el espacio, el territorio, la región, permanentemente discutidos por la Geografía, no escapan al «terremoto epistemológico» en que vivimos,<sup>3</sup> y en respuesta aparece un renovado interés por su tratamiento desde múltiples objetivos y disciplinas, en lo que Milton Santos llama el «retorno al territorio».<sup>4</sup>

Se plantea la inoperancia de la división en Primer y Tercer mundos, al menos en nuestro continente, donde ellos coexisten, aunque en proporciones reducidas del primero; se predice la disolución de los límites de los Estados territoriales; la posmodernidad sugiere la noción de transnacionalización del territorio; se habla de la pérdida de significado de las regiones; y se insiste en el tratamiento de lo «global-local» que, por cierto, reduce a dos únicos niveles las realidades del mundo actual. En fin, se cuestionan los contenidos o la existencia real de las diferencias y divisiones que usualmente trabajamos y medimos, mientras se redescubre tal vez el más antiguo de los procesos biosociales de organización de los grupos animales, la *territorialización* de las sociedades humanas, y surge como antónimo, aún con poco desarrollo, la desterritorialización, y hasta los llamados por Richard Peet «no lugares»: aquellos en que espacios y personas separados por cientos de miles de kilómetros de distancia, están en situaciones de vida casi exactamente iguales.<sup>5</sup>

Aceptamos, según la definición de Santos, que el espacio es un conjunto de relaciones realizadas mediante las funciones y las formas, que se presentan como testimonio de una historia escrita por los procesos del pasado y del presente, que sintetiza tanto las relaciones sociales históricas como las actuales. Sus categorías esenciales, según este autor, son un sistema de objetos o sea de *fijos* (formas) y un sistema de acciones, *flujos* (funciones), con una determinada organización interna (una *estructura*), y sometidos a permanentes cambios (*procesos*). La expresión del pasado en formas es llamada por este autor *rugosidades espaciales*. El espacio se convierte así en un campo de fuerzas cuya aceleración es desigual.<sup>6</sup>

Entre los varios conceptos de territorio, emplearemos el más común, que lo considera la delimitación de áreas donde se ejerce el poder político-administrativo o administrativo sectorial. Representan recortes de actuación y responsabilidad de las múltiples organizaciones de la institucionalización de un país. Otro concepto, con el que también concordamos, distingue el «territorio usado», que se convierte así en sinónimo de espacio humano habitado cuyo contenido son formas y acciones no impuestas, sino construidas socialmente, y donde el poder se amplía a cualquiera de las múltiples formas de organización de la sociedad.<sup>7</sup>

Las fragmentaciones iniciales del mundo que habitamos son impuestas por la «naturaleza primera» que diferencia componentes o sus síntesis, en ecosistemas o paisajes terrestres o acuáticos, distribuidos en la pequeña fracción sólida del planeta. Los grandes o pequeños recortes —tales como la cuenca amazónica o el de un gran río para Cuba, como el Cauto, o de los ecosistemas de bosques húmedos o de desiertos— son en general de origen natural, ecológico o físico-geográfico, con más o menos transformaciones humanas.

La división territorial o político-administrativa se decide por «consenso de algunos», o por la fuerza, desde que los hombres se volvieron sedentarios. Fueron ampliándose junto a los procesos llamados —o tal vez mal llamados— «civilizadores», o de encuentros entre grupos humanos. Las conquistas, las colonizaciones y las independencias decidieron el primer nivel de división territorial del mundo moderno.

En general, ellas cortaron artificialmente las divisiones naturales, mientras algunos cursos fluviales o parte-aguas de las montañas se convirtieron en límites y fronteras políticas. Una propuesta de división realizada por Elisée Reclus sugería respetar las naturales; así calificaba de antinatural la división política de Europa porque provocaba «la separación forzosa de pueblos que se sentían unidos, o al contrario, la unión de pueblos rivales en una nación».<sup>8</sup>

Antes de que surgieran en la región donde vivimos, los recortes en virreinos, provincias unidas, Estados federativos o unitarios, o sus unidades subnacionales, como provincias o departamentos o estados, se habían creado los municipios, que continuaron siendo, hasta hoy, ámbito privilegiado de organización de la vida de las poblaciones. En su interior se reconocen aún las antiguas parroquias, o sus nuevos distritos, o consejos. Varios siglos antes, otros recortes espaciales realizados por los primeros grupos de inmigrantes definían la «primigenia territorialidad humana». Hasta la actualidad, en varios países de América Latina se mantienen los conflictos de delimitación de las tierras indígenas, y miembros de algunos de sus grupos, como los *yanomamis*,<sup>9</sup> no saben —para ellos no parece ser importante saber— si están en Venezuela o en Brasil. La cuenca amazónica, la más extensa del planeta, se distribuye entre ocho países de Suramérica.

Por otra parte, también con no pocas imprecisiones conceptuales, la escala geográfica puede considerarse un artificio estratégico o un recurso operacional, mediante el cual se selecciona una forma de dividir.<sup>10</sup> De ahí que el cambio de escala, como operación intelectual, es un cambio del nivel de conceptualización, que modifica tanto la problemática que se identifique como los raciocinios que puedan desarrollarse. Las

divisiones, por tanto, representan cambios de escala, y solo el tránsito entre ellas permite la mayor aproximación a la complejidad de las realidades sociales.<sup>11</sup>

Los territorios pueden aparecer, en lo interno, como relativamente homogéneos o heterogéneos, según las regularidades de los atributos seleccionados y de la relativa homogeneidad de la unidad territorial que utilicemos para la observación o la medición, siempre portadora de una escala. La decisión es intencional y por tanto está imbuida hasta de las posiciones ideológicas de los que los evalúan.

## El primer archipiélago: el geográfico

Aunque tal vez estudiado en la enseñanza primaria o media, muy pocos recuerdan que el archipiélago cubano está situado en una de las regiones más complejas del planeta desde el punto de vista geológico. Se distingue por la gran diversidad de relieves, resultado tanto de su estructura como de la historia de su evolución, con variados regímenes climáticos que diferencian montañas, llanuras interiores y costeras, incluyen el resto de las islas; y la región occidental en general más húmeda y de mayores variaciones térmicas que la oriental. En íntima relación con la geología, el relieve y las peculiaridades climáticas, varían los regímenes hidrológicos que distinguen zonas profusamente abastecidas de recursos superficiales o subterráneos, y otras de abasto muy limitado,<sup>12</sup> y se presenta una amplia variabilidad de tipos y fertilidad de suelos, y de formaciones vegetales. Por lo que pudiéramos llamar «paradojas de la naturaleza», los volúmenes más importantes de recursos superficiales de la cuenca de nuestro río más caudaloso, el Toa, tiene muy baja densidad poblacional y está próxima a grandes concentraciones de población, en espacios urbanos de marcado déficit del recurso agua, en las provincias orientales.

En aproximadamente 30 km, podemos pasar, en el extremo oriental de Cuba, de paisajes subecuatoriales, de bosques húmedos densos, con precipitación de aproximadamente 3 000 mm anuales, a semidesérticos, donde la precipitación apenas llega a 800 mm anuales. Extensos paisajes pantanosos, como la Ciénaga de Zapata y de Lanier, contrastan con los sistemas montañosos que alcanzan casi 2 000 m de altura; o extensas áreas de suelos muy delgados o esqueléticos; y los de carso desnudo (diente de perro), concentrados en el occidente de la isla de Cuba y en sus grupos insulares, alternan con amplias llanuras de suelos profundos de elevada fertilidad en la región físico-geográfica de las llanuras de Habana-Matanzas y de Ciego de Ávila.

La grandiosa diversidad de la naturaleza cubana en su pequeña extensión de poco más de 100 000 km<sup>2</sup> ha asombrado a científicos naturalistas de renombre internacional, o al menos con documentación probada, en los últimos dos siglos.

Esta heterogeneidad interna y sus unidades resultantes —llámense ambientales, ecosistémicas, naturales o paisajísticas— fueron el sustrato de la distribución desigual de recursos naturales y de los procesos de ocupación humana. Aunque sin caer en la teoría del determinismo o el fatalismo geográfico, es impensable que la diversidad expuesta no haya condicionado, como en cualquier parte del mundo, los procesos de construcción social de espacios desiguales en el archipiélago cubano.

## El «archipiélago social» antes de 1959

Algunas cortas menciones sobre la geografía de los tiempos y la historia de los espacios, al decir de Reclus, nos permitirán avanzar en los procesos de construcción y sobreimposición de desigualdades espaciales, que dan lugar a las «islas sociales» en Cuba, antes de 1959.<sup>13</sup> Nos valdremos para ello del principal de sus recursos naturales de entonces: la tierra, y de dos cultivos decisivos en los diseños espaciales: la caña y el tabaco.

En los comienzos de la historia de la industria azucarera, a finales del siglo XVI, los cultivos se extendían en los alrededores de la capital, mientras el resto del país, con excepción de sus primeras villas y otras ciudades fundadas posteriormente, estaba cubierto por sus formaciones vegetales originales. Del Ganges a Islas Madeira a La Habana se introducía un cultivo al que está ligado hasta hoy el archipiélago social cubano. Más adelante, la llamada «fiebre azucarera» —asociada a la rebelión de los haitianos, que entonces producían 75% del azúcar consumido en el mundo—, creaba en pocos años nuevos espacios al sur y este de la ciudad de La Habana; en las llanuras y alturas de La Habana y Matanzas y del noroeste de Pinar del Río se talaban los bosques y se extendían las plantaciones, los poblados y los trapiches. De la trashumancia que creaba, extinguía o «sumergía» en la más triste pobreza algunos espacios, se pasaba al cultivo intensivo que reconfiguraba de nuevo espacios y territorios del país, en que determinadas «islas» progresaban, en medio de extensos espacios de pobreza y miseria, fruto de la intensa segregación clasista y la penosa carga del «tiempo muerto» de cada año.

Al final de la Guerra de Independencia (1898), el proceso de reconstrucción de la industria azucarera se erigió sobre bases de tanta injusticia como antes; pero la llamada «concentración de la economía azucarera»

fue, además de organizativa y tecnológica, espacial. Extensas áreas de plantaciones y gigantescos centrales, con sus propias redes de ferrocarril, se difundían ahora más hacia el este, en las «vírgenes» tierras aún ocupadas por bosques, de Camagüey y de las llanuras y alturas orientales. En poco más de diez años se fundaron 17 nuevos centrales, todos en esta zona del país. En paralelo, se diseñaban en esta propia parte de la isla otros espacios, a expensas de la baja productividad de las plantaciones cañeras y de la rentabilidad de la producción ganadera.

El tabaco, encontrado por acompañantes de Cristóbal Colón, durante el primer viaje, en las proximidades de Gibara, Holguín, comenzaba a ser plantado en llanuras aluviales de los alrededores de la ciudad de La Habana y, poco después, en valles aluviales de Las Villas y de Oriente. La reafirmación del monopolio y la continuación del estanco se consideran causa del traslado de los vegueros rebeldes hacia el suroeste de la Habana, lo que fue después la jurisdicción y provincia de Pinar del Río, entonces casi deshabitada. Desde principios del siglo XVIII se descubre abundante tierra arenosa —donde ya se sabía que prosperaba mejor el tabaco—, poco fértiles, ácidas, pero de buen drenaje subterráneo y también de formas particulares del relieve. Surgía Vueltabajo, famoso desde entonces mundialmente. Solo cuarenta años después, el levantamiento del estanco incrementaba los espacios tabacaleros que se concentraban en el extremo occidental, en el centro del país y en reducidos espacios de las llanuras de la parte oriental. Mientras, las plantaciones de La Habana desaparecían para dedicarse a otros cultivos para el mercado de la capital; los vegueros se convertían en agricultores de viandas, frutas y vegetales.

En el periodo intercensal de 1899 a 1907, Pinar del Río fue la provincia de mayor incremento de población, pero en poco más de diez años la organización espacial cambió, el auge de la economía azucarera conseguía que la provincia de Oriente obtuviese el mayor crecimiento poblacional y Camagüey más que duplicara su población, mientras Pinar del Río caía al menor promedio del país y grandes corrientes de migrantes «vueltabajeros» fueron a radicarse en las zonas azucareras, «espacios luminosos» de las provincias orientales.

El millón de africanos que se calcula entraron entre 1512 y 1880 en Cuba, más de medio millón de antillanos en las primeras décadas del pasado siglo, y las sucesivas entradas de millares de chinos, españoles e incluso norteamericanos, no tuvieron una distribución geográfica aleatoria y se colocaron en «islas» con desigual densidad; algunos, como los negros, en obligados y segregados espacios, principalmente cañeros.

## Los rediseños espaciales y territoriales. La formación de nuevas islas

Desigualdades e inequidades espaciales y territoriales fueron construidas en diferentes momentos de la colonización y del desarrollo del modo de producción capitalista. No son más espacios luminosos el noroeste de Holguín, que fuera el «granero de Cuba»; ya no son vendidas en Nueva York las hortalizas de los prósperos espacios de producción de vegetales de Güines. Bayamo, que se consideraba una de las dos únicas ciudades prósperas a mediados del siglo XVI —la otra es La Habana—, gracias al comercio de contrabando a través del río Cauto (que ya no es navegable), se convirtió desde 1976 en capital de una de las provincias de menor desarrollo relativo del país. Tampoco la ciudad de Marianao existe, al menos desde la nueva división político-administrativa, aunque aún se mantiene en el imaginario de muchos, porque era, hasta hace poco más de cincuenta años, la segunda ciudad de mayor población del archipiélago. De las siete primeras villas fundadas hace casi cuatrocientos años, cinco se mantienen como las principales ciudades de Cuba, en condición de capitales provinciales.

Numerosa documentación atestigua las estrategias y tácticas desplegadas desde el triunfo de la Revolución en 1959 para eliminar las injusticias sociales y desarrollar un proceso de homogeneización de las oportunidades de vida. Al tiempo que las estructuras políticas e institucionales se desarrollaban con relativa rapidez, los cambios espaciales y sociales necesarios para asegurar la cristalización, consolidación y permanencia, sobre todo de la dimensión de la conciencia-conducta, sufrían de la «inercia dinámica», como prueba de que «las estructuras espaciales son las instancias sociales de más lenta metamorfosis y adaptación».<sup>14</sup>

Otrora instrumento del capital en la generación de desigualdades, el espacio se convertía en mediador de los procesos de homogeneización de condiciones de vida y promoción de la equidad. En el centro de estos procesos se superponían, a las heredadas, nuevas e inevitables desigualdades. La selección de espacios para implantar planes y programas de desarrollo de distintos sectores productivos priorizados —industriales, turísticos, agropecuarios mineros, entre otros— significó una relativa elevación de las condiciones de vida de las poblaciones seleccionadas. Entraban como inductores tanto el potencial de condiciones y recursos naturales, como las siempre difíciles decisiones político-sociales.

La nueva división político-administrativa, implantada en 1976 como exigencia del proceso de institucionalización del país, y la distribución o redistribución de la población, a pesar de su rigurosa

**Tal vez como nunca antes, la localización geográfica se erige como condicionante y hasta determinante de las potencialidades de los espacios y territorios para acompañar con ventaja o desventaja los nuevos procesos, hasta por sobre el contenido de recursos y de condiciones técnicas que posean.**

definición, creaba otro marco de desiguales oportunidades de vida. Las provincias pasaron de seis a catorce, y los municipios de 407 a 169. Solo uno de ellos contiene la segunda isla en extensión del archipiélago y es llamado «especial» (Isla de la Juventud).

Las nuevas provincias creadas integran áreas de las antiguas, en tanto que las ya existentes perdían parte de las suyas, como Villa Clara y Pinar del Río, o las ganaban de antiguas provincias, como Matanzas. El caso más notable es el de Oriente, fragmentada en cinco nuevas provincias. Algunos nuevos municipios fueron resultado de la fragmentación de antiguos, mientras otros incorporaron áreas de varios. Por ejemplo, Unión de Reyes tiene áreas de cinco municipios de la anterior división, mientras Morón cedió parte de su antigua área a cuatro nuevos.

Estas situaciones condicionaron desigualdades territoriales en cuanto a oportunidades de la organización productiva, que además «unían» a poblaciones con diferentes condiciones de vida y patrones culturales, o «separaban» otras con intensa expresión de la horizontalidad espacial, lo que contribuyó al surgimiento de nuevos grados de heterogeneidad intra e interterritorial en el país y al debilitamiento de las antiguas y tradicionales redes de relaciones de diferentes tipos, incluyendo las de identidad territorial. No menos importante fue el crecimiento exponencial de algunas zonas en municipios de nueva asimilación económica, como Moa, con vectores de inmigración procedentes de múltiples espacios del país; o repartos —casi ciudades— como Alamar, donde en la actualidad en un solo Consejo Popular pueden hallarse personas procedentes de más de veinte municipios del país.

La elevada desigualdad municipal —en cantidad de población, urbanización o ruralidad, recursos naturales y, en especial, estructuras productivas heredadas o nuevas—, condiciona siempre los procesos sociales y el establecimiento de redes de diferentes intensidades y sentidos. Tiene, y no es menos importante, significados no despreciables en los logros o desaciertos de la gestión político-administrativa y sectorial.<sup>15</sup>

La fragmentación territorial agudiza, en primera instancia, la desigualdad espacial de componentes de

las condiciones de vida, y del bienestar de los grupos humanos; mientras, en algunos casos, por decisiones políticas, las fragmentaciones pueden conseguir la diversidad natural intraterritorial, como factor inductor del desarrollo económico.<sup>16</sup> Fue esta una de las razones por las cuales fue fragmentada, para dos provincias, la Sierra Maestra.<sup>17</sup>

Por sobre la permanencia y la sobreimposición de las desigualdades espaciales aludidas, es innegable la reducción de las distancias sociales entre oriente y occidente, entre la ciudad y el campo, e intraurbanas, expresión de favorables resultados de planes de desarrollo de viviendas y otras infraestructuras técnicas, de planes especiales de atención priorizada a espacios poblacionales más necesitados, como los montañosos y de actividad silvicultural-forestal (Turquino-Manatí), y de los efectos positivos del mantenido acceso uniforme a bienes y servicios.<sup>18</sup>

No obstante, en las décadas de los 80 y los 90, las investigaciones arrojaban diferencias en condiciones de vida, consumo y el impacto de las transformaciones sociales y espaciales, agudizadas por la crisis de los 90.<sup>19</sup>

Se hacía evidente que las medidas para contraponer los efectos negativos de la crisis, aunque aplicadas a nivel nacional, de manera gradual y progresiva producían diferentes respuestas de grupos sociales en distintos espacios. En algunos casos se debilitaban y en otros se favorecían las desigualdades precedentes, y con los nuevos actores económicos se revelaban fuentes importantes del rediseño de las desigualdades espaciales y territoriales.

Algunos de los resultados de la investigación de Íñiguez y Ravenet (1999), sobre la desigual expresión espacial de los nuevos procesos,<sup>20</sup> destacaban que la creación o incentivo de formas de propiedad no tradicionales —como las empresas mixtas, extranjeras y otros mecanismos de mercado— se localizaban fundamentalmente en Ciudad de la Habana y especialmente en cuatro de los municipios de su parte norte. En espacios determinados, fue posible el desarrollo de sectores y actividades económicas tales como los turísticos, los minero-metalúrgicos y energéticos, los agroindustriales no cañeros, entre otros; asociados a la localización de recursos naturales o de infraestructuras más favorables o preexistentes para esos

desempeños, que distinguían también a esta franja del norte de la ciudad de La Habana y otros «focos luminosos» de las provincias de La Habana y Matanzas, del grupo insular del norte de Ciego de Ávila, el nordeste de Holguín, y el sur de Matanzas, entre otros.

Por otra parte, la prioridad otorgada a la producción agropecuaria enmarcada en el Programa Alimentario, y el fortalecimiento de las formas de producción cooperativa o individual, situaban en ventaja espacios favorables al cultivo y la comercialización de productos de la agricultura no cañera —por ejemplo, en las llanuras meridionales de Pinar del Río y de la Habana—, también regulados por las precedencias históricas antes expuestas. De esta forma, se observaba que la gestión individual-familiar para el desarrollo de actividades productivas tradicionales, o recientemente implantadas en determinados espacios, fomentaban un intenso mercado formal e informal.

Al analizar las categorías de migración interna estudiadas por Ana Boquet en 1998,<sup>21</sup> se identifican como municipios atractivos, receptores de población, para el trienio 1995-1997, precisamente aquellos donde se expresaban con mayor nitidez impactos positivos del desarrollo industrial, turístico, y otros, beneficiados con nuevas inversiones, como la capital del país; o contiguos, de intensa asociación con ella, al norte de la provincia Habana y el eje Matanzas-Varadero-Cárdenas; o los de más elevadas potencialidades para el mejoramiento de los ingresos, mediante la producción o comercialización de productos agropecuarios, como los del suroeste de la provincia Habana.

Mientras la mayoría de los municipios emisores, que crecían en comparación con el trienio anterior, pertenecían a las provincias centro-orientales y orientales del país, disminuía el número de receptores en la región central y oriental, que ahora se concentraban en municipios de las provincias de La Habana y Ciudad de la Habana.

Estudios más recientes que incluyen el año 2000, consideran que la regulación migratoria para la capital repercutió en todas las instancias territoriales del país, en especial frenando la elevada movilidad observada en períodos anteriores a 1998, y reiteran como receptores territorios de la provincia La Habana —circundando, sobre todo, a la ciudad—, los localizados en la línea litoral Matanzas-Cárdenas-Varadero, la franja de Sancti Spiritus a Ciego de Ávila, Nuevitas y otros territorios, además de las cabeceras provinciales que continúan siendo lugares con mejores infraestructuras y determinado nivel de inversiones, según localización geográfica.<sup>22</sup>

Es comprensible que las oportunidades de acoger los nuevos actores económicos y la incorporación de individuos-familias en el sector emergente con ventajas

de ingresos, tienen una condicionalidad o determinación espacial. La localización de actores económicos está, por tanto, influenciada por las condiciones y recursos naturales y por el contenido técnico de los lugares.

El espacio, mucho más que los territorios, en el concepto utilizado en este artículo, entra como oportunidad en la trama de determinantes de las nuevas desigualdades, potencia o limita la inserción de los grupos sociales en los procesos de producción-consumo por las vías estatal e individual-familiar, o legal-illegal, de lo cual resulta una profusa diferenciación de condiciones de vida y del cotidiano en los espacios poblacionales del país.

Tal vez como nunca antes, la localización geográfica se erige como condicionante y hasta determinante de las potencialidades de los espacios y territorios para acompañar con ventaja o desventaja los nuevos procesos, hasta por sobre el contenido de recursos y de condiciones técnicas que posean.

Los efectos de la recuperación económica han sido visibles en el progreso mantenido en determinados indicadores sociales, así como en el mejoramiento relativo de los procesos de reproducción social. Nuevas prácticas de protección de la sociedad, lideradas por las funciones que despliegan los trabajadores sociales en la totalidad de los asentamientos del país, prueban la permanente preocupación del Estado cubano por elevar las condiciones y el nivel de vida de la totalidad de la población. No obstante, ellos se desarrollan de forma inevitable, sobre un tejido de espacios y grupos sociales avanzados y rezagados. Es por ello que aún acechan las inequidades.

## **Espacio y territorio: la emergencia del tema de las desigualdades sociales**

En 2001, un artículo en la reconocida revista *Bohemia* con el título «El tema de los temas»,<sup>23</sup> colocaba cuestiones cruciales sobre las desigualdades sociales en el país: «La economía se recupera, pero la problemática de los ingresos ha cobrado complejidades y cada vez las generalizaciones parecen servir menos para interpretar cómo se distribuyen los ingresos entre la población cubana». Se citaban diferencias entre el salario de 800 pesos de un cirujano cardiovascular, y el ingreso de 800 dólares de uno de sus pacientes, dedicado legalmente al alquiler de habitaciones.

Por coincidencia, en esa propia semana presentábamos los resultados de una investigación sobre las desigualdades espacios-familias<sup>24</sup> en la ciudad de La Habana, que hallaba diferencias de ingresos *per cápita* familiares, de 25 pesos a 3 413 pesos, y amplias

distancias entre ingresos medios de los espacios clasificados como «luminosos» y «opacos». La diferencia del salario medio anual entre las provincias orientales y occidentales en el quinquenio 1981-1985 era de solo 42 pesos.<sup>25</sup> A pesar de utilizar diferentes métodos de investigación y de que las medias y los *per cápita* familiares aún esconden diferencias, había, más que evidencias, incertidumbre sobre los agudos cambios que evolucionaban en el tejido social.

La mayor inquietud no la provocan las diferencias de ingresos que hallamos, sino la relación entre estas y las fuentes de obtención. La mayoría de las familias de «espacios luminosos» se concentraba en el estrato de ingresos más elevados, y viceversa. De forma similar, la cantidad y tipo de fuentes se relacionaba directamente con los estratos de ingresos definidos. Los más bajos se asociaban a vinculación exclusiva al sector estatal, mientras en el estrato de los más elevados, aun con alguno de sus miembros vinculado al sector estatal, las fuentes fundamentales eran la no estatal, o de remesas.<sup>26</sup>

El tema de las desigualdades se ha convertido en un tópico relevante en la agenda de los problemas cubanos.<sup>27</sup> La mayoría de las referencias, en particular las nacionales, abordan las desigualdades como fenómeno emergente y asociado, reiteradamente, a la despenalización del dólar y los múltiples caminos ilegales por los cuales algunas familias han incrementado su poder adquisitivo. La repentina y profusa mención a las desigualdades en Cuba es favorable, pero corre el peligro de sufrir un tratamiento desenfocado y descontextualizado. No podemos intentar reducir la interpretación de los procesos de construcción de las nuevas desigualdades territoriales, porque son un entramado de componentes articuladas por redes históricas y de elevada dinámica. Lo que tenemos es que avanzar en su comprensión, para no errar en las tácticas de ataque a las injustas.

Desde el siglo XIX se llamaba la atención sobre el enorme peso de la población de La Habana, que para entonces ocupaba solo los actuales municipios de La Habana Vieja, Centro Habana, Plaza y parte del Cerro y 10 de Octubre —aproximadamente 20% del total del país, cifra solo un poco menor a la actual. Hace 70 años, se alertaba sobre el hecho de que el traslado de la población de mejores recursos hacia repartos, estaba provocando que residencias ocupadas por una familia se convirtieran en casas de vecindad, donde se apiñaban las personas. El Censo de 1919 arrojaba un promedio de 11,6 personas por vivienda en La Habana, y 7,6 en el interior del país.<sup>28</sup>

El deterioro de los barrios de Los Sitios o de Atarés es resultado de la falta de prioridad al mejoramiento del ambiente físico y social, de los efectos de la crisis

de los 90, e impactos negativos —también hubo positivos— de las medidas de ajuste económico, y sobre todo porque nacieron en condiciones de elevada vulnerabilidad social, varias décadas antes del triunfo de la Revolución. Muchas de las carencias sociales y sus desfavorables condiciones materiales de vida se reproducen, y en algunos casos se agudizan, porque además de no mejorar sus condiciones, recibieron intensos vectores de inmigración, recientemente detenidos, con las implicaciones que ello trae, en especial en «fijos espaciales» muy deteriorados.

Se trata de un desequilibrio distributivo, expresión de una segregación espacial residual, que puede calificarse como inequidad heredada, que se reproduce y a la que tienen que oponerse cambios, como por ejemplo la ampliación de la concepción de seguridad y asistencia social, tanto como el incremento de la participación popular en las alternativas de mejoramiento del bienestar colectivo e individual-familiar.

Pero no se debe olvidar que, en estos espacios, los grupos sociales tienen acceso igual que los de cualquier barrio de la ciudad a aquellos servicios priorizados por el Estado cubano: la educación y la salud; y la pobreza de los fijos y también de los flujos, que probablemente los coloca entre los peores espacios urbanos del país, está distante de los tipos extremos de barrios pobres de la gran mayoría de las grandes ciudades latinoamericanas.

## Heterogeneidad espacial, redes sociales y una mirada sobre la construcción de puentes

Cuando a un cubano le preguntan en el extranjero ¿de dónde es usted?, responde: de Cuba; si le preguntan en La Habana, puede decir: de Oriente; si está en este territorio, dirá: de Santiago de Cuba; y si está en una calle de esta ciudad podrá decir: de Los Hoyos o, tal vez, de Vista Alegre; si está dentro de uno de estos barrios, nombrará su calle. El lugar de residencia tiene varias escalas, muchas formas de ser precisado; y los otros lugares —el de nacimiento, procedencia y pertenencia—, ejercen influencia en los mapas histórico-geográficos, psicosociales y genéticos que lo acompañan inexorablemente. Por otro lado, no es lo mismo proceder de o vivir en el barrio del Náutico, que en El Romerillo, en el mismo Consejo Popular del mismo municipio, de la misma ciudad y provincia.

Conocer Cuba por una media de indicadores sociales o económicos de sus heterogéneas provincias, o de una muestra estadísticamente representativa de sus tres grandes regiones, no es igual que conocerla

desde su diferenciación socioespacial. Los «espacios luminosos» se caracterizan por ser atractivos y favorables al establecimiento de redes de interacción. Los «opacos» perdieron sus funciones, como aquellos donde la organización espacial y la vida dependía de centrales azucareros que ya no existen, o están formados por áreas que nunca fueron atractivas, ni se han localizado en ellos nuevos actores económicos en los últimos 20 años, como sí ocurrió en aquellos impactados por el desarrollo de polos turísticos de grupos insulares del norte de la isla.

Pueden ser positivos los indicadores sociales o económicos que midan a Cuba, o a la provincia de Santiago de Cuba, y desfavorables si son medidos en Los Hoyos o en Vista Alegre. Las diferencias contienen los significados y representaciones de los grupos en estos espacios, y siguen siendo santiagueros, orientales y cubanos. A pesar de que, fuera del tiempo de carnaval, la conga puede ser esencial en la satisfacción recreativa de algunas familias de Vista Alegre, lo lógico es que sea esencial para la mayoría de las familias de Los Hoyos. Al igual que, en La Habana, es mucho mayor la afluencia de la población de Buena Vista al Salón Rosado de la Tropical, que la del vecino barrio de Kohly. Esto es herencia espacial.

El mercado —en lo esencial, de alimentos—, que se organizó a inicios de los 90, estableció redes espaciales sorprendentes, que amortiguaron los impactos negativos de la crisis para familias de los espacios de los proveedores y de los compradores o consumidores. Llegaban a La Habana quesos desde Camagüey y el norte de Ciego de Ávila, langostas, camarones y pescados desde Zaza y otros embalses de la provincia de Sancti Spíritus, embutidos y cualquier vianda desde el suroeste de la provincia Habana, café y bolas de chocolate de Oriente. En aquellos momentos de la trágica crisis de transporte eran, más que viajes entre provincias, «internacionales sin avión». Estas redes, apoyadas o no en familias inmigrantes, tal vez de varias décadas atrás, funcionaban para aliviar «ilegalmente» las graves carencias que enfrentaba la población de la capital. Muchas han sido eliminadas, otras se han fortalecido y muchas nuevas se han creado y ampliado las ofertas de innumerables productos y servicios. Según Carlos Delgado, satisfacer las necesidades de la vida cotidiana es legítimo, pero las formas de satisfacción de muchas de ellas se relacionan con la desigualdad y la marginalidad que, en lo económico, se provee de recursos sustraídos al Estado por medios ilegales. Por otra parte, comenta el autor, «la ruptura con la legalidad no es exclusiva de los sectores marginales». La contradicción entre lo legal y lo legítimo atañe no solo

a la satisfacción de las necesidades y urgencias de vida, sino que se enlaza también con los retos de tecnologías avanzadas y de la ideología del consumismo.<sup>29</sup>

Las redes que conectan los espacios «islas sociales» son puentes de interacción e intercambio, tanto deseables, como no deseables.

## Un final para continuar

Cuba es un complejo archipiélago en el sentido físico-geográfico, ecológico o ambiental, con una asimilación humana inicial de inmigrantes, principalmente de diferentes espacios del continente europeo, del africano y del asiático, y una historia secular de ocupación colonialista y capitalista que provocó la construcción de infinidad de «pequeñas islas sociales» de progreso para una minoría, y otras muchas y extensas «islas de pobreza y miseria», según los designios del poder político.

En la revolución espacial llevada a cabo desde 1959, las islas sociales fueron reconfiguradas. Manteniendo la elevada diversidad natural y la desigualdad social, se superponían nuevas desigualdades sociales, pero con la distinción de que las grandes injusticias heredadas se borran rápidamente, y las islas estaban ahora mucho más comunicadas. En la última década del pasado siglo, la heterogeneidad social del «archipiélago social cubano», se incrementa y amenaza la fortaleza de los puentes levantados entre ellas.

Todo lo que se haga por impedir la incomunicación de estas islas será válido. Incluyo aquí desde las distribuciones igualitarias, la búsqueda detallada de los más necesitados mediante el despliegue de programas sociales, hasta las acciones de apoyo y soporte social que, con desigual intensidad espacial o territorial, desarrollan iglesias y otras organizaciones no gubernamentales. Considero que es en el sector de la cultura donde mejor se comprende y, por ende, se dialoga no solo con las desigualdades sociales, sino también con las espaciales y territoriales.

Nuestro «archipiélago social» está formado por un conjunto de antiguas «islas» de diferente extensión, y temporalidad. Unas surgidas o reconfiguradas durante poco más de tres siglos, otras nuevas con aproximadamente treinta años, y las más recientes de poco más de una década. Fueron creadas por la historia de la conquista, la colonización, el capitalismo y también durante los difíciles períodos por los que ha transitado la construcción de la sociedad socialista.

El ser un archipiélago geográfico de elevada diversidad, situado en el lugar más privilegiado del Nuevo mundo, y también próximo a los Estados Unidos de América, nos legó, y no podía ser de otro

modo, una profunda desigualdad e inequidad social, sin puentes y con muy pocas embarcaciones rudimentarias para comunicarnos, como por ejemplo el de las empleadas domésticas de familias adineradas.

Las desigualdades son inherentes a la condición humana, no son abstractas ni genéricas. En todas existe una complicidad de necesidad y de contingencia, así como una dosis de condicionalidad espacial y territorial, de historia y presente. A las que hay que atacar sin concesión son a las moralmente injustas (inequidades), componentes de los puentes que hay que destruir.

Los nuevos puentes debemos construirlos o reconstruirlos, con mayores «elementos materiales y espirituales» que reduzcan las angustias del cotidiano, y donde se usen grandes cantidades de afecto y fraternidad, para que en ninguna de sus islas, ni uno solo de sus grupos sociales pueda sentirse náufrago.

Un crucial período de cambios recién comienza, el cual, como expresara el ministro cubano de Economía, es «una nueva etapa de la Revolución».<sup>30</sup> Una vez más insistimos en que, junto a los enormes esfuerzos que siempre se han realizado y se continuarán haciendo por proteger la igualdad de oportunidades de vida, y por avanzar en la equidad en nuestra sociedad, tenemos también que redoblar los esfuerzos para el fomento de la solidaridad interterritorial, intraespacial e intrafamiliar. Estos recursos son esenciales para asegurar la durabilidad de los puentes que unen y unirán a nuestras islas.

## Notas

1. Los conceptos de «espacios luminosos» y «opacos» fueron introducidos por Milton Santos en su teoría sobre el espacio geográfico, y utilizado en numerosas de sus obras.

2. Barrios calificados como «ansalubres» por la Dirección Provincial de Planificación Física.

3. Expresión utilizada por el Dr. Jorge Núñez, filósofo, en reunión científica del Centro de Estudio de Salud y Bienestar Humanos en la Universidad de la Habana, en julio de 2002.

4. Milton Santos, «O retorno ao território», en Milton Santos *et al.*, *Território: globalização e fragmentação*, Editorial Hucitec, São Paulo, 1994, p. 15.

5. Richard Peet, «Mapa do mundo no fim da História», en Milton Santos *et al.*, *Fim de século e globalização*, Editorial Hucitec-Anpur, São Paulo, 1993, p. 64.

6. Milton Santos, *Por una nueva geografía*, Espasa-Universidad, Madrid, 1990, p. 226; *Espaço & método*, Editorial Nobel, São Paulo, 1995; *A natureza do espaço*, Editorial Hucitec, São Paulo, 1996.

7. Milton Santos, «O retorno...», ob. cit.

8. Beatrice Giblin, «Elisée Reclus, geografía, anarquismo», en Y. Lacoste, R. Santibáñez, T. Varlin y B. Giblin, *Geografía, ideologías, estrategias espaciales*, Ediciones Dédalos, Madrid, 1977, p. 161.

9. Los yanomamis son grupos indígenas de la parte noroccidental del Estado de Amazonas, Brasil, con territorios distribuidos esencialmente en la cuenca del Río Negro.

10. Ina Castro, *O problema da escala*, en Ina Castro *et al.*, *Geografia: conceitos e temas*, Editora Bertrand, Río de Janeiro, 1995, p. 135.

11. Yves Lacoste, *Différents niveaux d'analyse géopolitique: du planétaire au local et du local au planétaire*, Latin American Regional Conference, UGI, Río de Janeiro, 1982, v. II, pp. 241-4.

12. Los eficientes proyectos de regulación de los recursos hídricos superficiales, desarrollados después del triunfo de la Revolución, mediante la construcción de embalses, permitieron elevar considerablemente los volúmenes de agua disponible en el país. No obstante, es de común conocimiento las intensas sequías que se producen periódicamente.

13. Véase Leví Marrero, *Geografía de Cuba*, Editorial Selecta, La Habana, 1957; Antonio Núñez Jiménez, *Geografía de Cuba*, Editorial Pedagógica, La Habana, 1965.

14. Richard Peet, ob. cit., p. 42.

15. Luisa Iñiguez y Omar Everlery Pérez, «Espacio, territorio y desigualdades sociales en Cuba. Precedencias y sobreimposiciones», en Omar Everlery Pérez (org.), *Reflexiones sobre la economía cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 420-79.

16. Luisa Iñiguez, «Desigualdades espaciales del bienestar y la salud en América Latina: problemas éticos y metodológicos», en R. Briceño León, M. C. Minayo y C. Coimbra (orgs.), *Salud y equidad: una mirada desde las ciencias sociales*, Editorial FIOCRUZ, Río de Janeiro, 2000, pp. 121-35.

17. La gestión administrativa y de servicios de cualquier sector actúa en unidades territoriales definidas por estos, mientras la vida cotidiana transcurre en una totalidad de recortes, donde se expresan con contradicciones más o menos intensas, las interacciones entre las divisiones de la naturaleza, las construidas socialmente en los procesos de reproducción social y las múltiples divisiones territoriales que organizan y controlan estos procesos. Contar con esta intrincada trama de recortes territoriales es premisa de actuaciones equitativas y eficientes. Véase Bernard Bret, «A partilha do território e a desigualdades frente ao desenvolvimento: um problema de geografia política», en Bertha Becker *et al.* (orgs.), *A Geografia política do desenvolvimento sustentável*, Editora UFRJ, Río de Janeiro, pp. 208-27.

18. Véase José Luis Rodríguez y George Carriazo, *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

19. En la década de los 80 e inicios de los 90, numerosas investigaciones encabezadas por el Instituto de Planificación Física, trataban el tema de las diferencias de nivel y condiciones de vida de la población entre grupos sociales particulares, entre formas de organización de la producción agrícola, y entre territorios —provincias y municipios. Se desarrollaban también numerosas investigaciones nacionales sobre diferencias de necesidades, y preferencias específicas de consumo según divisiones espaciales relativamente homogéneas, por el desaparecido Instituto Nacional de la Demanda Interna. (Véase Xiomara Franco, *Estudio sobre la diferenciación territorial del nivel de vida en Cuba*, Instituto de Planificación Física, La Habana, 1986; Comisión Nacional del Sistema de Dirección de la Economía, 1988). Durante la década de los 90 e inicios del presente siglo, preocupaciones sobre las transformaciones sociales y espaciales fueron colocadas en resultados del Programa Nacional del Ciencia y Técnica «La sociedad cubana: sus retos y perspectivas ante el siglo XXI», (1995-1999), así como del Programa Territorial de Ciudad de La Habana «Efectos de las

medidas de ajuste sobre la ciudad». (2000-2003), entre otros. Véase Ada Guzón, *Estudio de los municipios críticos del país*, IPF, La Habana, 1998 (inédito); Ángela Ferriol, «Pobreza en condiciones de reforma económica. El reto a la equidad en Cuba», *Cuba. Investigación Económica*, a. 4, n. 1, La Habana, 1998; Luisa Íñiguez y Mariana Ravenet, *Desigualdades espaciales del bienestar en Cuba. Aproximaciones a los efectos de los nuevos procesos en las realidades sociales*, Resultado del PNCT «La sociedad cubana: sus retos y perspectivas frente al siglo XXI», CIPS/CITMA, Centro de Estudios de Salud y Bienestar Humano. Universidad de la Habana, 1999; Mayra Espina *et al.*, *Expresiones territoriales del proceso de reestratificación*, Resultado del PNCT «La sociedad cubana: sus retos y perspectivas frente al siglo XXI».

20. Luisa Íñiguez y Mariana Ramonet, ob. cit.

21. Ana Boquet, Una caracterización de los municipios según migraciones internas de 1980 a 1997, Departamento de Planeamiento Nacional, IPF, La Habana, 1998.

22. Norma Montes, Gipsy Lantigua y Eduardo San Marful, *Exploración sobre las migraciones internas de las provincias y los municipios de Cuba: 1995/1997 y 1998/2000*, CEDEM, La Habana, 2001.

23. S/a, «El tema de los temas», *Bobemia*, a. 93, n. 8, La Habana, 2001.

24. Luisa Íñiguez, Mariana Ravenet y Omar Everlenny Pérez, *Exploración de las desigualdades espacio-familias en la ciudad de La Habana*, Informe de Investigación, CESBH, 2001.

25. Blanca Morejón, Carlos Ervity y Mayra Soto, *Patrones de migración interna, Distribución espacial de la población y condiciones de vida en Cuba*, CEDEM, Universidad de La Habana, 1987.

26. Sería errado proponer como solución la eliminación de la vía no estatal de ingresos. Lo injusto es permitir redes soportadas por personas que dañan a los demás y a la sociedad, las de la delincuencia y la corrupción. El mayor peligro está, sin duda, en la existencia de grupos sociales, también articulados en redes, que consumen sin producir, violando uno de los principios más puros de la reproducción social, preconizado por el socialismo.

27. Buscando en Internet las palabras «desigualdades sociales, Cuba» se encontraron 152 000 citas, de ellas 987 en páginas nacionales; usando «desigualdades territoriales, Cuba», 32 300, de ellas 164 en páginas nacionales; y con «disparidades regionales, Cuba», 20 500, de las cuales 103 eran de páginas web cubanas. Aun desechando 90% de las halladas, por repetitivas o indirectas, podemos considerar que habría unas 15 000 menciones sobre el tema de las desigualdades sociales en Cuba, en Internet; de las cuales aproximadamente cien están en páginas cubanas. Siguiendo la misma hipótesis, serían poco más de 3 000 las referidas a desigualdades territoriales en Cuba. Una rápida mirada a los diez primeros resultados de las búsquedas denota la frecuencia del tratamiento en recientes discursos de dirigentes cubanos, y notas de órganos de prensa y radio nacionales.

28. Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos, *Problemas de la nueva Cuba*, Foreign Policy Association, Nueva York, 1935, p. 193.

29. Para citar un ejemplo de esto último, en la actualidad, en ciertos espacios de algunas capitales, no en otros, coexisten las tiendas de saldo o de ropas recicladas, llamadas «trapishopping» por el siempre sorprendente ingenio del pueblo, y las «boutiques» donde compra una minoría, aunque muchos más aspiran a hacerlo. Véase Carlos Delgado, «Bioética, desigualdad y política», en Luisa Íñiguez y Omar Everlenny Pérez (orgs.), *Heterogeneidad social en la Cuba actual*, CESBH/CEDEM, 2004, p. 339.

30. Suplemento Especial sobre el Sexto Período Ordinario de Sesiones de la Sexta Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, diciembre de 2005, p. 22.

© TEMAS, 2006.